Turlupín

Leo Perutz

(Versión Española de: Erwin Teodoro Engel)

Depósito Legal: B. 16.546-1965
Número de Registro: 2.814/65

Capítulo I

En los legajos de aquel largo proceso, que iba llegando a su término en el mes de noviembre de 1642 ante la Corte Real de Apelaciones de París y en el cual se acusaba al ex escribiente Miguel Babaut de ateísmo, falso testimonio y actos diversos de violencia, menciónase un hecho sumamente extraño. Al comuncársele al acusado la sentencia del tribunal, que lo condenaba a once años de galeras y al pago de seiscientas libras de multa, éste soltó una carcajada -según consta en el acta- y, dirigiéndose a los jueces, les hizo saber en tono irónico que, para llegar a Marsella, había un buen trecho y que, si ellos no se oponían, pensaba participar antes en el gran torneo de volante, al cual el señor de Saint-Chéron había invitado a todos sus amigos.

De los autos no se desprende la forma en que los jueces, asesores y procuradores recibieron esta advertencia. Es posible que la misma no les haya producido más que un leve estupor, pero nos sobra razón para suponer que la mayor parte de los presentes comprendió muy bien la amenaza que encubrían las palabras del reo. Por aquellos días, el ambiente parisino estaba alterado por indefinidos rumores. De casa en casa y de boca en boca, circulaban noticias que anunciaban la inminencia de grandes acontecimientos. El *gran torneo de volante...* De continuo oíase esta misteriosa frase, a la que cada uno daba su propia interpretación. Nadie sabía con exactitud qué se tramaba y lo único que al parecer se conocía era la fecha en que aquello debía suceder. En un libelo dirigido contra el conde de Guisa, redactado en malos versos y firmado por *Esteban, que todo lo dice*, el cual fue distribuido en los primeros días de noviembre y que comenzaba con las palabras: *Conde de Guisa, ven acá -también tu turno llegará*, se señalaba el día de San Martín, o sea, el 11 de dicho mes, como la fecha en que tendría lugar el torneo(*Ciudadanos de París, oíd mi clarín: -¡Viva el día de San Martín!*), con lo cual se les comunicaba a los habitantes de la ciudad algo que ellos ya sabían. En efecto, quince días antes, un tal Pedro Lamin, encargado por su señor, un subarrendatario del impuesto a los rebaños, de recaudar en diferentes barrios los importes atrasados, manifestó en su informe (*Archives Nationaux*, E. XIX, 134) que las

gentes, “tanto el uno como el otro y cual si lo hubiesen convenido”, le habían asegurado que no tenían dinero en sus casas, pero que el día de San Martín irían a arreglar cuentas personalmente con su señor, a fin de no continuar debiéndole nada, añadiendo que podía confiarse en que así lo harían.

Veinte años después, madame d’Ouchy relató en sus “Memorias del tiempo de Richelieu y de la Regencia” (*“Mémories de Mme. d’Ouchy, d’aprés ses papiers personnels”, par* A. Delion-Drouet, Grenoble, 1892) lo siguiente: *En la noche del 10 al 11 de noviembre (1642), se presentó en nuestra casa un hombre que cinco años antes nos había servido de lacayo. Con lágrimas en los ojos, pidió hablar con el mariscal (el padre de madame d’Ouchy). Se le condujo al primer piso. Un cuarto de hora más tarde, entró mi padre en mi gabinete, pálido de emoción, y me ordenó que me preparara de inmediato para emprender un viaje. Eran las dos de la mañana cuando abandonamos la ciudad con destino a la casa del conde de Bouillon, en Sedán. No había tenido tiempo ni para proveerme de lo más indispensable. Llegamos hasta Epernay.* Y unas páginas más adelante se lee: *Este viaje le costó a mi padre mil doscientas libras de oro y dos de nuestros mejores caballos de tiro.*

Los viajeros no llegaron hasta Sedán. Al cabo de dos días, el mariscal regresó a París, debido a que el día de San Martín transcurrió sin novedad. La *Gazette de la Cour* trae una noticia acerca de algunas revueltas del populacho en las inmediaciones del Hotel Lavan y de un duelo a espadas y pistolas, disputado en el pinar de Vincennes entre el duque de Noirmoutier y un conde de la casa de Mömpelgard, bajo la mirada de una muchedumbre de curiosos (*Gazette de la Cour*, 14 de noviembre de 1642). Otro periódico -la *Gazette de France* - refiere que, el día once, dos galanes enmascarados raptaron del convento de las Feuillantinas, situado en el faubourg Saint-Victor, a una niña de siete años, hija de un pastelero, y que, por la tarde del mismo día, un consejero de Estado había sido arrojado fuera de su coche y maltratado (*Gazette de France*, 16 de noviembre de 1642). Pero episodios como éstos eran de poca importancia en el París de Richelieu y Luis XIII, hasta el punto de considerárselos comunes. En vano había aguardado la ciudad y Francia entera los acontecimientos que se venían anunciando desde muchas semanas atrás y que se disimulaban en el eufemismo de “el gran torneo de volante”.

Sin embargo, el día de San Martín tardó en borrarse de la memoria del pueblo. Las canciones callejeras, los *triolets*, los volantes impresos, las coplas que se cantaban en las ferias, las improvisaciones de los cómicos ambulantes y toda la literatura popular del siglo XVII, al principio con amargura y decepción y posteriormente en tono triste y resignado, continuaron recordándolo. Sólo a comienzos del siglo XVIII adquirió carácter humorístico y burlón, covirtiéndose en aquel imposible que podría denominarse “el día de San Jamás”. Y la última referencia que al respecto encontramos se halla en

los escritos de Diderot. Al enterarse éste, a la edad de veinticinco años, de los bárbaros detalles de la ejecución del asesino Saulnier, escribió, lleno de horror, en su Diario:

¡Que ni una sola palabra, ni una sola sílaba cruce mis labios! ¿Qué otra cosa puedo hacer sino esperar y confiar en la llegada de otro día de San Martín, que habrá de venir alguna vez para cambiar la faz del mundo? (Mémories, correspondance et ouvrages inédits. París, 1830.)

Si Diderot, cuyo sueño consistía en una reforma incruenta, en una revolución de espíritus, hubiese sospechado qué terrible secreto ocultaba el día de San Martín, con toda seguridad no habría escrito estas palabras.

Han salido a la luz documentos que durante dos siglos durmieron en la oscuridad de los archivos. Actualmente se sabe que, para el 11 de noviembre de 1642, había sido proyectada una repetición de las matanzas de San Bartolomé, en la que iba a perecer la nobleza. En esa oportunidad, debieron haber sido degolladas diecisiete mil personas, es decir, todas las que en Francia ostentaban un nombre aristocrático. Esto iba a ser el gran torneo de volante, en el que las cabezas de los Rohan, los Guisa, Epernon, Montbazon, Luynes, Nevers, Choiseul, de Crecy, Bellegarde, La Force y Angulema iban a volar por el aire.

¿Quién fue el autor de este espantoso proyecto? ¿Quién lo elaboró? ¿En manos de quién se reunían sus hilos? Aquí es necesario que nos remitamos al resultado de las investigaciones practicadas por d'Avenels, R. Perkins y D. Roca. En la Francia de aquellos tiempos, tan sólo existía un hombre cuyo cerebro era capaz de concebir una idea tan grande y tremenda, y era Armando Juan du Plessis, cardenal-duque de Richelieu.

Detengámonos en él por un momento. Contemplemos el hombre, su obra y su tiempo. El cardenal de Richelieu no tenía entonces aún cincuenta y siete años y era un individuo enfermo, señalado ya por la muerte, al que sólo restaban pocas semanas de vida. Su objetivo había sido quebrar el poder de los grandes y arrebatar de manos de la aristocracia la autoridad del Estado. Por intentar realizarlo había atraído sobre sí el odio del mundo. Su sueño era la grandeza de Francia y sus armas el disimulo, la perfidia y la crueldad. Al final de su vida, vio su obra amenazada: un monarca débil ocupaba el trono; la reina, después de sufrir infinitas humillaciones que él le infligiera, habíase convertido en su mortal enemiga y, en las fronteras del país, en Flandes, Lorena y España, sus antiguos contrincantes - María de Rohan, los duques de Epernon y de Vendôme, el conde de Beaupuis y el mariscal d'Estrees - creían que les había llegado la oportunidad y contando sus días, apenas lo tomaban en consideración.

Debió ser al sublevarse su inquebrantable voluntad contra el cuerpo destruido, en una hora de desconsuelo y desesperación, cuando cavilό su terrible plan. Su último y más recio golpe lo iba a asestar antes de morir sobre los que se opusieron a su voluntad. En inclusive el rey se había opuesto a ella. Una nueva idea, nacida en Inglaterra con Cromwell, hizo entrever a Richelieu, en sus instantes postreros, la posibilidad de una república francesa.

En la correspondencia y en las memorias de los hombres que actuaron cerca de él, existen oscuras insinuaciones acerca de lo que sobre ellos se cernía.

Sabía en qué basaba sus planes. Conocía sus fuentes de recursos, sus aliados, sus últimas intenciones. Pero éstas son cosas que no deben escribirse. (Carta del conde de Brienne al embajador francés en Roma. *"Brienne Louis-Henry de Loménie, Comte de, Sécretaire d'Etat."* Edit. D. Monier, París, 1887.)

¡No me pregunteis! Equivaldría a descubrir a los hombres lo que desearía mantener secreto hasta delante de Dios (Conde de Chavigny al duque de Enghien. R. Marieul: *Histoire des princes de Condé.* París, 1854.)

Lo sabía todo, pero debía callarme, pues su venganza hubiera sido feroz (Pierre Seguier, *Mémoires*, Coll. Le Tellier, Ginebra, 1904).

Conversaba de pie con el señor de Motteville en el pequeño gabinete, cuando vi salir de la sala al señor Guitard. "He recibido orden", decía, " de no intervenir si mañana llegase a producirse algún tumulto en las calles. Está muy bien esto, pero solicitaré la orden por escrito". Me fijé en el señor de Motteville, que aparentó no haber oído nada (Navailles, R. duc de: *Mémoires*, París, 1842).

Temblorosos, abrumados por el peso de sus responsabilidad, estaban de pie, al lado de Richelieu, los pocos iniciados, incapaces de captar la grandeza de su idea y de oponérsele.

¿Y Richelieu?

En la Biblia que utilizó en los últimos años de su existencia, hállase una nota de su puño y letra:

No veo otro camino que éste. Sea para bien o para mal, asumo sobre mí lo que la suerte nos depare.

Estas palabras están escritas al margen del vigésimo capítulo del Libro de los Jueces, donde se narra la exterminación de la estirpe de Benjamín.

¿Era factible el plan de Richelieu? ¿O absurdo? ¿O loco? ¿Un anacronismo histórico acaso?

El no haber estallado la Revolución Francesa hasta 1789 constituye uno de los grandes enigmas de la evolución de la humanidad.

Francia estaba madura en 1642 para la gran transformación. Existía ya entonces aquella combinación de hombres, ideas y circunstancias especiales que provocó a fines del siglo XVIII la caída de la monarquía.

También en la época de Richelieu una cruel y costosa guerra había reducido al pueblo a la miseria, y el peso de los impuestos, injusta y desproporcionadamente distribuidos, habíalo sumido en la desesperación. Además, una Habsburgo - Ana de Austria -, también impopular, ocupaba el trono de Francia. Tenía ella también su conde Fersen: llamábase Buckingham. Y si, en 1789, la lucha libertadora de Washington sirvió de ejemplo para la revolución, en 1642, la juventud francesa se inspiraba en la lucha de Cromwell contra el rey Estuardo.

Los grandes protagonistas de 1789 estaban también listos ciento cincuenta años antes. ¿Bailly? Encontramos su imagen en aquel abogado general, Omer Talon, cuyos discursos en el parlamento de París "conmovían al pueblo hasta las lágrimas y contrariaban a los ministros del rey". ¿Lafayette? El bello y ambicioso general que pretendía a mediados del siglo XVII el favor del pueblo se llamaba Luis II, príncipe de Condé. ¿los girondinos? Hemos de reconocerlos en aquel movimiento espiritual que, bajo la cancillería de Mazarino, llevó a Fronda. ¿Felipe Igualdad? El deplorable Gastón de Orleáns, hermano de Luis XIII, indigno de ser rey, habría desertado seguramente hacia el pueblo apenas hecho el primer disparo. ¿El general Hoche? Victoriosamente habría defendido el conde de Turena la causa revolucionaria contra todo enemigo exterior. ¿Talleyrand? El cardenal de Retz hubiera sabido desempeñar con éxito su papel.

¿Y Mirabeau? ¿Dónde estaba Mirabeau en 1642?

Pues bien: el Mirabeau de 1642 se llamaba vizconde de Saint-Chéron.

El vizconde de Saint-Chéron provenía de un rancio abolengo del Delfinado. En su juventud, le destinaron a la Iglesia, pero muy pronto abandonó el servicio de Dios. A la edad de veintisiete años, quiso desposar a la hija de un tabernero de Blois y su padre, para impedir semejante matrimonio, gestionó ante el rey una orden, en virtud de la cual el joven Saint-Chéron fue aprehendido una noche en la taberna y conducido a prisión. Pocos meses más tarde, moría el padre y el asunto del vizconde cayó en el olvido. Al salir de Vincennes, después de una reclusión de diecisiete años, el vizconde era un hombre envejecido y alimentaba un odio mortal hacia el rey y la nobleza.

Para ganarse el sustento, viose obligado a trabajar, bajo el nombre de monsieur Gaspard, en calidad de dependiente de un comerciante en paños del barrio Saint-Thomas, del Louvre. Por las noches, a la hora en que su amo cerraba el negocio, solía hallársele en la plaza de la Grève, en los despachos de vino de Suresne, en las viejas murallas o en los depósitos de madera a

las orillas del Sena, donde predicaba ideas subversivas contra los satisfechos, contra los holgazanes de carroza, los arrendatarios de impuestos que mantenían concubinas, los jueces venales y las codiciosas criaturas que rodeaban al rey por el interés de las sinecuras y las pensiones, contra los sombreros de plumas y las pelucas y contra todo lo que representaba el Estado corrompido. El 4 de octubre de 1642, un teniente de la guardia real lo arrestó en la escalinata de la iglesia de San Jacobo de la Bougerie, donde había tratado al rey en su discurso de "monigote coronado". Algunos amigos suyos, peones de los barcos del Sena, lo libertaron, salvándole de ser encerrado en el Chatelet. Dos días después, el duque de Richelieu le hizo llamar.

La conversación tuvo lugar en la misma sala del palacio cardenalicio en la que, diez años más tarde, la reina iba a recibir secretamente los correos del desterrado Mazarino. Duró casi dos horas y, una vez concluida, el cardenal condujo en persona a su visitante, a través de cuartos vacíos y oscuros pasajes, hasta llegar a una puerta que daba sobre el Sena.

Al otro día, oíase por vez primera hablar en las calles de París del torneo de volante. Y el 11 de noviembre, día de San Martín, el vizconde Saint-Chéron debía acaudillar a la multitud hasta el Hotel Lavan, donde los enemigos del cardenal acostumbraban a realizar sus conciliábulos. El hotel que iba a ser tomado por asalto e incendiado, dando así la señal para iniciar la degollina de aristócratas y derribar el trono.

El estadista se había aliado con el rebelde para dar a Francia la República.

El destino lo quiso de otra manera y eligió su propio camino. Una vez más, sobre la esperanza de una nueva era, hubo de triunfar la vieja y caduca Francia. El mundo no iba a ser desengañado, sacándosele al reinado de la luz radiante.

Para desbaratar los planes del tortuoso Richelieu, valióse el destino de un loco llamado Turlupín.